

Loreta Minutilli
Helena de Esparta

Traducción del italiano
de Ramón Buenaventura

Alianza editorial

Título original: *Elena di Sparta*

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de: Archivo Fondazione Il Campiello

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2019, Baldini+Castoldi s.r.l., Milano
Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency
© de la traducción: Ramón Buenaventura, 2020
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-877-9
Depósito legal: M. 3.779-2020
Printed in Spain

«Los dos, una vez que hubieron gozado del placentero amor, se entregaron al deleite de los relatos. Mutuamente se lo contaban todo: ella, la divina entre las mujeres, cuánto había sufrido en el palacio, viendo el odioso tropel de los pretendientes, que, por su causa, degollaban sin cesar vacas y gordas ovejas, mientras el vino se vertía en abundancia desde las tinajas. Por su parte Odiseo refería todos sus lances: cuántas penas causó a otros hombres y cuántas soportó él con esfuerzos. Y ella se deleitaba al escucharlo, y el sueño no llegó a caer sobre sus párpados hasta que él hubo acabado su relato.»

Odisea, Canto XXIII

Traducción de Carlos García Gual

El conflicto existe desde que existo yo.

Hasta donde alcanzan mis recuerdos, siempre ha habido en mi vida unos largos dedos blancos acariciándome la barbilla y unas voces de miel y de penumbra preguntándome si era más diosa que niña o más niña que diosa. No es que mis recuerdos determinen la línea del tiempo.

Todo comenzó mucho antes, cuentan, con un huevo de oro en el vientre de una mujer encinta y un cortejo de gente enjaezada de fiesta para verme a mí, la niña más bella del mundo.

Cuando era pequeña, me creía ciegamente las leyendas que me contaban las criadas, y me preguntaba cómo habría podido mi madre salir indemne con semejante caos en la barriga: un huevo, cuatro criaturas, simiente de dios, simiente de hombre. Tuvo que ser una experiencia devastadora, pero el caso es que yo siempre la vi feliz y contenta, en éxtasis, con sus hijos, los dos divinos por un lado y los dos humanos por el otro.

La rotunda división llegó un instante después de nuestro nacimiento. Una niña divina, una niña humana. Un niño divino, un niño humano.

Al principio, estaba convencida de que habían percibido algo en nuestros ojos, en las arrugas de nuestra piel neonata, de que habían oído algún sonido revelador en nuestro vagido, algo de lo que cupiera deducir que Pólux y yo no pertenecíamos a este mundo.

Ahora, en cambio, mientras el mundo se me desmorona ante los ojos, no creo que las razones de su elección fueran tan profundas. Tomaron las dos criaturas más bellas y las erigieron en dioses.

La idea me parece ridícula e inverosímil, pero entonces me llenaba de alegría purísima.

No me juzgues con demasiada dureza.

¿A qué niña no le encantaría que la tratarasen como una diosa?

Recuerdo los ungüentos salpicados en mi radiante cabello dorado, las cremas para suavizar mi la piel, los halagos de las sirvientas extasiadas y, por supuesto, el placer de ver a Clitemnestra crecer a mi costado, desdibujada e insípida, con su vulgar cara redonda y la nariz demasiado grande de nuestro padre.

Mientras mi hermana jugaba con sus muñecas, mientras aprendía a hilar e intentaba sin éxito incursionar fuera del gineceo, para participar en los juegos de Cástor y Pólux, tan masculinos ellos, tan inconscientes de su insondable discrepancia, yo vivía concentrada en el descubrimiento de mi cuerpo.

Nadie consideró necesario que hiciese otra cosa.

Y ¿por qué voy a mentir, por qué voy a decir que me disgustaba?

Cada día me descubría en la piel un nuevo tono de rosa, más dulce y jugoso que el de ayer.

Comparaba los pies regordetes y agrietados de las otras niñas de mi edad con mis piecitos ovales, con sus deditos terminados en el leve arco de las uñas irisadas, y luego los acariciaba, complaciéndome en ello.

En las oraciones que elevaba a Afrodita le agradecía el maravilloso color de mi cabello, un rubio intenso y espeso que caía sobre mis hombros como oro fundido. Me daba escalofríos la idea de que podría haberme tocado en suerte el pelo pajizo de Clitemnestra, sus lóbulos anchos, su dedo gordo del pie demasiado distante del dedo contiguo.

Yo era toda cuerpo, exactamente como me habían querido.

Nunca se me habría pasado por la cabeza, cuando valoraba a otra mujer u otra niña, que ninguna cualidad pudiera importar en ellas más que la forma del mentón o la anchura de su frente. Por otro lado, nadie había dado muestra de hallar algo en mí que no se refiriera a mi aspecto físico.

A los diez años no sabía hilar, era una maleducada, no tenía ni idea de poesía, de música, de nada de lo que hace apetecible a una muchacha a ojos de los hombres, y desde luego no tenía ninguna amiga. Cuanto estaba en presencia de mi madre, ella lo único que hacía era observarme con los labios cerrados y los ojos perdidos en un lejano recuerdo.

Durante las raras veces en que veía a mi padre, él evitaba mirarme, y ahora sé que se atormentaba preguntándose qué hacer con una hija tan preternaturalmente bella.

Mi hermana me despreciaba. Lo leía en sus ojos castaños, y me molestaba no conocer la causa de ese sentimiento. Había aprendido pronto a reconocer los celos en la mirada de las chicas, pero no era así como me escrutaba Clitemnestra.

Ahora sé que le daba lástima.

La nodriza, las criadas y todas las demás mujeres de la casa solo me habían impartido una enseñanza desde que nací: «Cuida tu cuerpo».

En mis brazos blancos estaba escrito el secreto para ser feliz.

Yo obedecía. Nunca me saltaba una ablución, hacía la gimnasia necesaria para mantener firmes los miembros, me dejaba ungir con todos los aceites que las sirvientas consideraban necesarios para mantenerme resplandeciente, y era feliz.

La niña más bella del mundo se convierte en la muchacha más bella del mundo casi de golpe, de la noche a la mañana. Se me ensancharon las caderas, se me pusieron más redondas las nalgas, me crecieron en el pecho dos dulces colinas blancas, de la forma y las dimensiones justas para caber en la palma de una mano.

Nada más despertar me miraba al espejo, controlaba todos los cambios de mi cuerpo y me complacía en mí misma. De reojo, escrutaba después las piernas de Clitemnestra, lastimosamente cubiertas de una hispida pelambreira rubia.

También eso me complacía.

¿Era mala? No, no lo era, no tolero que se diga tal cosa de mí cuando era niña.

Si pienso en mí y en mi hermana, ahora como entonces, me parece evidente que ella siempre lo tuvo todo y yo nunca nada.

A la edad de once años era una absoluta inútil, tenía el cerebro de una mosca; mi madre no osaba acercarse a mí y se limitaba a mirarme de lejos. Clitemnestra, en cambio, sabía hilar, dirigía con gracia los juegos que practicaba con las demás niñas del gineceo y nuestra madre la abrazaba con frecuencia.

Lo único que yo tenía y a ella le faltaba era un par de piernas lisas y blancas y un rostro bello.

Permíteme que me complazca en ello.

La primera sangre nos vino a ambas en una noche de verano. Al despertar, mi hermana, impasible, hizo sus abluciones como si hubiera estado preparada desde hacía mucho para aquel acontecimiento. Yo me quedé inmóvil entre las sábanas enrojadas. Temía descubrirme una herida que me afeara los muslos para siempre. La nodriza me encontró así, me sonrió, me explicó que no era ninguna herida y que debía estar orgullosa de haberme hecho mujer.

—Ahora tu cuerpo tiene sentido —me dijo.

Estuve mucho tiempo dándole vueltas a esa frase.

No creía necesitar un poco de sangre entre las piernas para tener sentido.

Para mí, mi cuerpo siempre lo había tenido.

Me proporcionaba inmensa satisfacción y nunca jamás habría querido compartirlo con nadie, nunca habría pensado que el sentido de mi cuerpo pudiera consistir en darle placer a otros.

El fin de mis ilusiones llegó con el rostro nervudo de Teseo, hijo de Egeo.

Era huésped de mi padre y, como todo el mundo, había oído hablar de mí. Mi padre no me permitía acercarme a los visitantes, de modo que Teseo tuvo que buscarme: eligió una mañana en que estaba sola haciendo sacrificios a las ninfas. Sus brazos peludos se cerraron en torno a mi rostro, y el día se hizo noche.

Admito que durante el largo rato que permanecí tirada en la grupa del caballo, como un fardo de escaso valor, no me preocupó mucho a dónde me estuviera llevando. Lo único

dramático que veía en dejar la casa de mi padre era no disponer ya de mis vestidos. Lo que más me dolía era que se me estaba enredando el pelo.

Eran dos, Teseo y Pirítoo. Eran de la edad de mi padre, pero más oscuros y más vellosos. Feos.

Supe más tarde que algunas jóvenes envidiaron mi suerte, que habrían querido hallarse en mi lugar, entre los brazos de esas dos bestias oscuras.

Me jugaron a los dados y ganó Teseo, el más grande y más negro. Sé que por ahí corrió el rumor de que esa noche, cuando pudo verme bien a la luz de las antorchas y se percató de mi cortísima edad, decidió renunciar a mí hasta que fuera mayor, dejándome intacta hasta llegar a Afidnas.

Una mentira ingenua y sinsentido.

Teseo estaba perfectamente al tanto de los pocos años que tenía la bellísima hija de Tíndaro de Esparta cuando me raptó. De hecho, creo que mi juventud lo excitaba aún más.

Teniendo en cuenta que se había pasado la vida pisoteando mujeres, bestias y personas, ¿por qué razón iba a ser más considerado conmigo?

Pirítoo se enfadó, lo acusó de haber hecho trampas, pero enseguida hicieron las paces. Supongo que tenía intención de poseerme, de todas maneras, de un modo u otro.

No soy capaz de expresar lo que sentía en aquel momento.

Tenía la certeza absoluta de ser demasiado preciosa para que pudiera ocurrirme algo muy feo, y estaba segura de que pronto, prontísimo, acudiría alguien a rescatarme.

Pero ¿quién? Quizá mi padre, que desde luego no podía permitir que se le escapase como si tal cosa la muchacha más bella del mundo, o mis hermanos, dos muchachitos que en

conjunto valían por un hombre. O mi otro padre, Zeus en persona, que vigilaba nuestras vidas y las gobernaba con el rayo en ristre, el padre divino del que me susurraban cosas las criadas mientras me peinaban.

Era él quien me había generado, decían: se prendó de mi madre y para acercársele sin asustarla se transformó en cisne. Así fue como puso un huevo en su matriz y nací yo. Nunca me convenció mucho semejante historia: ¿por qué razón iba mi madre a permitir que se le acercase un cisne?

En ese momento, sin embargo, la idea de que el propio padre de los dioses cuidase de mí resultaba tranquilizadora, y también me aferré a ese destello de esperanza.

Alguien acudiría, estaba segura.

Solo tenía que aguardar, con la esperanza de que entretanto no se me agrietaran las plantas de los pies.

Llegamos a nuestro destino tras unos cuantos días de cabalgada y solo entonces descubrí que la minúscula ciudad a que me habían traído llevaba el nombre de Afidnas.

Durante el viaje, nadie me había rozado, y estaba convencida de que lo peor que podía ocurrirme era que se me deslustrase el pelo.

Cuando Teseo me llevó a una alcoba me sentí molesta, pero solo porque no me gustaba la compañía de los hombres. No sabían peinarme, eran bastos y vulgares, y en Esparta nunca ocurrió que ninguno de ellos estuviese a solas conmigo en la misma habitación.

Me arrancó el peplo manchado de tierra, la sorpresa me dejó sin aliento, pero no me cubrí. Lo miré con la cabeza alta, blandiendo mi cuerpo como una espada.

Estaba tan orgullosa de él que, creía yo, nadie osaría rozarlo.

Quería intimidar a Teseo, impedir las cosas horribles que, me daba cuenta, estaba a punto de hacerme.

Y con un hombre inteligente quizás habría funcionado.

Pero Teseo no era más que un héroe.

De la propia violencia no recuerdo mucho: el rostro de Teseo se confunde con el de otros mil hombres. No recuerdo dónde me tocó, cuánto aguardó antes de arrojarme sobre la cama, qué parte de mi cuerpo agarró primero. Con los hombres que lo siguieron encontré esa misma violencia.

El dolor ya pasó, pero el asco sigue igual que la primera vez.

Desgarro, miedo, sudor, ardor en la garganta, sábanas pegajosas, hedor, aliento cálido, confusión.

Pero, en cambio, nunca sentí vergüenza. Nunca.

¿Por qué tendría que haberla sentido?

Son ellos quienes deberían avergonzarse, todos los Teseos cuyos rostros, hoy, se agolpan en mi memoria.

Yo no he pedido nada.

Cuando terminó conmigo me dejó sola sobre aquella cama enorme, despatarrada, desnuda y chorreando sangre.

Parecía haberle gustado, y yo me pregunté cómo habría hecho para que no le diera asco también a él, para no salir huyendo de mi sudor maloliente, de mi sangre y de mi miedo.

Tan pronto como salió, vomité en el suelo de piedra, cuidando de no manchar más las sábanas, y me palpé los muslos. Al principio pensé que quizá me hubiese llegado el ciclo en ese mismo momento, y no me preocupé.

Mi cuerpo estaba intacto.

Luego me di cuenta de que aquella sangre era demasiado roja y fresca y que debía de haber una herida en alguna parte.

Me palpé entre las piernas. Era de allí de donde venía y allí donde sentía el mayor dolor. Parecía como si mi cuerpo estuviese llorando por el sitio equivocado.

Me quedé mirando el techo de piedra, aterrorizada e inmóvil, temiendo que al menor movimiento la herida se agrandara y me desgarrase, hasta que me quedé dormida.

A la mañana siguiente, una esclava me ayudó a lavarme y a ponerme un peplo sutil e impalpable. Lágrimas de rabia me subieron a los ojos mientras le mostraba mi sangre a una extraña, pero logré contenerlas.

Poco después vi a Etra por vez primera.

Cuando me condujeron a la habitación más grande del gineceo, allí estaba ella, tejiendo, rodeada de esclavas y envuelta en un manto de lana.

—Ah, aquí está la chica. —Fue lo único que dijo cuando entré.

Me impresionaron sus ojos oscuros y llenos de vida, sus manos callosas. No supe cómo clasificarla entre las mujeres que había visto hasta entonces. No era desde luego una sirva, pero tampoco me parecía una reina como mi madre. Hizo salir a todas las esclavas de la habitación con un mero gesto y me ordenó que me sentase a su lado.

No me gustaba obedecer, pero me resultaba insoportable caminar o permanecer de pie y la barriga me dolía como si mil agujas se me estuviesen clavando rítmicamente en la carne, de modo que hice lo que me decía.

Me comunicó que era la madre de Teseo.

—Y tú eres la muchachita de Esparta.

Me escudriñó la cara con los ojos durante largo rato, después sus iris marrones se desplazaron por el resto de mi cuerpo, que el peplo apenas ocultaba.

—Eres guapita, pero me esperaba más.

Aquellas palabras me hirieron más profundamente que todos los acontecimientos del día anterior. Me dejó tan descompuesta la imprevista y horrorosa sospecha de que mi belleza no valiese nada fuera de Esparta, de que yo no valiese nada, que no logré responderle con ninguna de las expresiones de indignación que me afloraron en la mente.

Etra se rio y me pellizó una mejilla, otra confianza que me pareció imperdonable. Y, sin embargo, su mano olía a tela limpia, y yo aspiré alegremente ese hálito de orden y dulzura. Pidió que le contara con detalle todo lo que su hijo había hecho conmigo, desde el momento del rapto hasta la pasada noche.

Carente como estaba del menor atisbo de personalidad, lo único que supe hacer fue contestarle. Nadie me había explicado nunca cómo comportarme con la madre de un hombre que acababa de violarme.

—Creía yo que la maravillosa Helena de Esparta haría algo mejor que dejarse violentar sin mover un dedo —dijo ella. Luego debió de leer el desconcierto en mis ojos, porque se ablandó—. Pero, por otra parte, todavía eres una niña pequeña.

Me comunicó que Teseo se había marchado con Pirítoo, para otra valentónada: raptar a una chica.

—¡Si admitiese que ama a ese chico y dejase en paz a todas las muchachitas en vez de acosarlas! —añadió luego, como si se le escapara.

El sentido de estas palabras me pareció oscuro y terrible, y no tuve el valor de preguntarle nada.

También me comunicó que no debía temer otros ataques, que podía estar tranquila en esa gran habitación limpia, es-

perando que alguien, en Esparta, se acordara de mí y viniera a recogerme.

Me tranquilicé.

—Si no tienes nada mejor que hacer, puedes disfrutar de mi compañía —dijo para terminar.

No tenía nada mejor que hacer.

Fue Etra, durante aquella ristra de días todos iguales, como las perlas de un collar, quien me enseñó cómo hay que estar en el mundo.

Me explicó antes de nada que la belleza no es algo que se tiene y basta. Es un hilo precioso que debe utilizarse para tejer lentamente maravillosos paños en un telar. Entonces es cuando adquiere su verdadero sentido.

Me dijo que mi destino sería sufrir, sufrir mucho, porque era demasiado bella para tener otro destino. Pero podía elegir entre sufrir yo sola o hacerles también la vida difícil a quienes me rodeasen, construyendo a mi alrededor un mundo en el que yo estuviera a salvo y los demás sintieran miedo.

—Será duro, pero de placer ni siquiera intentaré hablar-te —me dijo—. ¿Qué placer puedes tú esperar de la vida? Dudo que después de lo que te ha hecho mi hijo consigas intentarlo con un hombre, y si te da por enamorarte será mucho peor para ti, porque luego estarás aún más afligida que antes. ¿Qué queda? No te hablo tampoco de las joyas y las bellas vestiduras, no te considero tan estúpida como para pensar que alguna vez puedan hacerte verdaderamente feliz. No, la gloria solo puede venirte del poder. Y para tener poder has de aprender a ser bella del modo adecuado.

Ahora, naturalmente, estas palabras me hacen sonreír.

Ahora tendría yo muchas cosas que enseñarle a Etra sobre la felicidad, podría estar meses o incluso años hablándole

sin parar. Como, por ejemplo, de la felicidad que puede experimentarse cuando el sol ardiente de Asia abrasa un par de brazos desnudos.

Su influencia sobre mí sigue siendo tan grande que, a veces, en mitad de estas reflexiones, me pregunto si no estaré delirando, si todo lo que creo haber comprendido de la vida no será otra cosa que un añadido ilusorio y sin resolver en torno a lo que me enseñó Etra siendo yo una muchachita.

Mi idea del sufrimiento, en aquella época, aún era vaga. Y para dejarme claro lo que quería decir, Etra añadió que a lo largo de toda mi vida decenas y más decenas de hombres me harían lo que me había hecho su hijo la primera noche. Sería horrible, pero si fingía estar de acuerdo podría sacar provecho.

Ahora sé que me odiaba y me compadecía al mismo tiempo.

Me odiaba lo suficiente como para experimentar un avieso placer en aterrorizarme, y me compadecía, tal vez, porque la hacía acordarse de sí misma cuando era niña. Quizá hubiera deseado que alguien le hubiese dicho en el momento justo lo que ella me estaba diciendo ahora.

Raramente se me ocurría algo que responderle. Me limitaba a beber sus palabras como agua purísima, anotaba frenéticamente en la memoria lo que no comprendía, en espera de traerlo a colación más adelante.

Me enseñó a identificar a las personas inteligentes.

—Son, por lo general, quienes permanecen en silencio —me dijo—. Mujeres, en su mayor parte. Nosotras no tenemos nada que hacer, más allá de observar y pensar. De modo que lo hacemos mejor que los hombres, que están siempre moviéndose y agitándose.

Por las noches, antes de dormirme, repasaba lo que me había dicho Etra durante el día e intentaba clasificar a las personas que conocía según fueran inteligentes o estúpidas.

Mi hermana Clitemnestra era inteligente. Aún no comprendía bien su modo de mirarme, pero se notaba en sus silencios y en su soledad que estaba destinada a grandes cosas.

Cuando se lo dije a Etra, ella torció el gesto.

—Rara vez una mujer está destinada a cosas grandes y bellas. Es mucho más probable que la esperen cosas terribles.

En cuanto a mi madre, la estupefacción con que me miraba cada vez que nos encontrábamos de frente me reveló que era estúpida. Tener por fin una palabra con la que timbrarla fue un alivio.

Mi padre, desde luego, no era inteligente, pero sí sensato, en la medida en que sus obligaciones como rey lo incitaban a no comportarse como un perfecto idiota.

Cástor y Pólux, por su parte, no tenían necesidad alguna de ser inteligentes. Eran héroes. Quizá de la misma estofa que Teseo, y esa idea me desagradó.

Y yo, ¿lo era? Esa pregunta me atormentaba, pero no me atrevía a trasladársela a Etra.

Pero reflexionaba todo lo posible, con la esperanza de que así aprendería a ser inteligente, igual que aprendía a ser bella.

En aquel periodo estuve extrañamente tranquila. No había en mí nada de lo que habría debido agitarse en el ánimo de una muchacha apartada de su casa por la fuerza, entre extraños. De hecho, me encontraba perfectamente a gusto. Solían darme escalofríos cuando pensaba en lo que podía suceder después, en espera de algo grande y perentorio.

Ahora sé que esperaba mi vida, de la que estos acontecimientos extraños y terribles no eran más que un adelanto.

Tenía que estar preparada.

Estaba bien, en Afidnas, pero sabía que no iba a quedarme allí para siempre, y aunque se empeñara en hacerme creer lo contrario, también Etra lo sabía.

Encasillaba los días, uno tras otro, y adquiría informaciones, ponía en movimiento todos los engranajes de mi cabeza, parados hasta ese momento.

Pero el verdadero campo de pruebas sería Esparta.

Fue así como un día la vida que yo esperaba tomó cuerpo de improviso en Cástor y Pólux, unidos para liberarme.

Cuando entraron en la habitación donde estaba charlando con Etra y aprendiendo a tejer, me puse en pie para saludarlos, en un movimiento único y fluido. Ellos dejaron caer las espadas, muy cohibidos.

Mantuve una sonrisa. Noté que les costaba reconocerme.

—¿No pensáis saludar a vuestra hermanita? —les musité.

Ellos asintieron en silencio.

Me acerqué sin mirarlos, luego me volví en dirección a Etra y le dije:

—Ven.

Etra me siguió, enmudecida de estupor al ver en la práctica lo que ella misma había creado; y se convirtió en mi esclava.

En casa esperaban verme llegar hundida, una humilde criatura dispuesta a pedir perdón con la mirada por todo lo que le había ocurrido. Pero, como a menudo se me ha reprochado, yo no tengo noción de la vergüenza.

Etra me había advertido de que no me esperase una acogida festiva:

—Te tratarán como a una apestada —me había dicho—, y llorarán al verte.

Así fue, pero yo no alteré mi compostura, y ello incomodó a mi nueva esclava.

—Debes aprender el arte del disimulo, Helena de Esparta —me musitó con rabia mientras me cepillaba el pelo, la noche de mi regreso.

Me habían adjudicado una nueva habitación, supongo que para tenerme alejada de Clitemnestra, no fuera a contaminarla. Ya no pensaba seguir los consejos de Etra. Verla convertirse en mi sierva, tras haber sido mi mentora, no me había producido ningún trastorno, como si hubiera sido un proceso natural, como el día se trueca en noche. Era consciente de haber tomado de Etra todo lo que me fue posible, y ahora era ella quien me necesitaba a mí, más de lo que yo nunca la había necesitado a ella. Haberla hecho mi esclava, me decía, para liberarme de todo sentimiento de culpa, había constituido casi un acto de piedad. Si Teseo la hubiese encontrado en casa tras mi liberación, le habría dado de azotes por tolerar que se me llevaran.

Mi padre me hizo examinar por una vieja partera.

No vi motivo para someterme a esa visita tan desagradable. Si alguien me lo hubiese preguntado, yo misma habría suministrado la información necesaria: ya no era virgen y no estaba encinta. De hecho, ahora que conocía el significado de esas palabras, estaba deseando utilizarlas, y me habría gustado que alguien dignificara mi aventura preguntándome qué me había pasado.

«Cuéntanos, Helena», tendría que haberme pedido.

Y yo lo habría contado todo, hasta el más repelente detalle.

Pero nadie me preguntó nada, y yo soporté apretando los dientes los dedos ganchudos de la esclava, bullendo en mis partes íntimas.

Mientras yo me vestía, la partera fue a darle el veredicto a mi padre, apostado al otro lado de la puerta.

—Habría sido mucho esperar, recuperarla intacta —lo oí murmurar—. ¿Qué voy a hacer con ella?

Luego me llegó una voz, la de Cástor, o la de Pólux, me resultaba imposible distinguirlas, que respondía sin vacilación:

—No te preocupes, padre, no importa nada. Tendría todos los pretendientes de Grecia aunque estuviese preñada de tres meses.

No se equivocaba.

La noticia de que Helena de Esparta había sido raptada y desflorada por Teseo, hijo de Egeo, se había difundido rápidamente por todas las ciudades cercanas, y para que alguien siguiera queriendo casarse conmigo era necesario incrementar el mito de mi belleza, permitiéndome salir del palacio real lo más a menudo posible.

No tenía prisa alguna, ni tampoco ganas de casarme, pero aquel periodo fue uno de los más felices de mi vida. Las frecuentes apariciones en público que me imponía mi padre me suministraban una buena ocasión para ejercitar todo lo que había aprendido de Etra.

Me concentraba al máximo en que cada gesto, cada palabra, cada pensamiento, fascinase a todo el que tenía delante. Tras las primeras tentativas, alcancé la perfección, hasta el punto de no tener ya que empeñarme para estar espléndida y así poder dedicarme al resto de las enseñanzas que me había impartido Etra, las concernientes a las demás personas.

Las escuchaba incluso cuando no tenía por qué, las clasificaba. Por una parte, estaban aquellos con quienes podía hablar libremente, por otra, los que debía evitar.

Me interesé por primera vez en mis esclavas, y con ayuda de Etra logré rodearme de un grupo selecto de sirvientas dignas de confianza: inteligentes, algunas; estúpidas y calladas, otras.

Etra nunca me había hablado de los múltiples matices que hacen únicas a las personas, y por consiguiente esas sirvientas no eran más que meras plantillas para mí, proyecciones de un modo de pensar que me tenía acostumbrada a clasificar a la gente en pocas categorías.

Aprendí a tratarlas con cuidado y cortesía, a preguntarles si tenían todo lo que necesitaban, a hacerles pequeños regalos imprevistos y totalmente arbitrarios, para ganármelas, sin parecer demasiado generosa. Cuando me consideré suficientemente entrenada, utilicé el mismo método con mi padre. Le dirigía la palabra más frecuentemente que Clitemnestra o mi madre, pero no tanto como para resultar insolente. Al principio, pareció sorprenderse. Nunca nos habíamos hablado más de lo estrictamente necesario. Luego se acostumbró a nuestras charlas, y creo que le creció en el pecho una especie de afecto a mi persona.

Apenas acababa de descubrir cuántas cosas maravillosas podía llevar a cabo parándome a reflexionar sobre mis actos e insertando cada hecho en un marco más grande y complejo. Si Etra no me hubiese recordado de vez en cuando que mi objetivo era muy serio, es decir, obtener una vida en que el sufrimiento quedara reducido al mínimo, también habría podido creer que estaba haciendo todo eso solo por jugar.

De noche, soñaba con praderas extrañas.

El escenario que me atormentaba era siempre el mismo, pero al despertar solo recordaba el balido de unas ovejas y el verde descolorido de la hierba. Empecé a hacer ejercicios de